

Los siguientes párrafos tienen tanta analogía con lo que sucede entre nosotros, que no puedo prescindir de recordarlos:

“¿Qué espectáculos, pues, qué juegos, qué diversiones públicas han quedado para el entretenimiento de nuestros pueblos? Ningunos.

“¿Y es esto un bien o un mal? ¿Es una ventaja o un vicio de nuestra policía? Para resolver este problema basta enunciarle. Creer que los pueblos puedan ser felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darle diversiones, y prescindir de la influencia que puedan tener en sus ideas y costumbres, sería una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. Resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas, será uno de los primeros objetos de toda buena política.”

## ARTICULO XX

Después de esta digresión, no enteramente inútil, volvamos a nuestro teatro, hermoso y elegante en su primitiva planta, sólido en su construcción, estrecho en espacio y holgura para actores y espectadores. Aquéllos no tenían en un principio departamentos para vestirse y hasta que vino la compañía dramática de Villalba, actores y actrices se vestían en el escenario detrás de los bastidores, con toda la franqueza y buena fe de

campechanos histriones. Aquel director construyó unos cuartos con tablas, especie de camarotes, donde daba lástima y risa ver jóvenes y bellas actrices, vistiéndose de reinas o de sacerdotisas en un zaquizamí desabrigado y desnudo; parecían jilgueros o canarios metidos dentro de una jaula de cañas mugrientas y desiguales. Pero no me propongo hacer la descripción de nuestro teatro, que, en vez de ir mejorando con el tiempo, se ha hecho cada día más sucio y desacomodado, a proporción que ha ido cambiando de dueños. Sobre la puerta interior del patio se fijó la tablita aquella de que hablé al principio, con una inscripción que decía:

EL 6 DE OCTUBRE DE 92, ENTOLDADA APENAS LA CASA, SE DIERON YA UNAS COMEDIAS QUE LLAMARON PROVISIONALES, LAS CUALES SE PROLONGARON HASTA EL 11 DE FEBRERO, Y CONCLUIDA LA OBRA, PRINCIPIARON OTRAS NUEVAS FUNCIONES EL 27 DE OCTUBRE DEL MISMO AÑO. Es de admirar que esta ciudad, cuya población ha ido creciendo de un modo sorprendente, y que cuenta ya más de cien mil habitantes, no haya tenido hasta hoy sino un mal teatro, cuando Madrid, que en la época de que hablamos sólo tenía tres, en 1870 contaba catorce, y en esa proporción todas las ciudades de provincia, en las cuales hay uno o más teatros buenos, y compañías permanentes.

Los actores y actrices españoles que se hacían venir a Santafé, como Palacio, Huerta y la Nicolsa, y las aficionadas como la Jerezana, la Zebollino y otras, representaban las comedias que entonces

privaban allá, y cantaban tonadillas que enloquecían al público. A principios de este siglo había funciones dos veces por semana, presidiendo una comisión del Cabildo, que era dueño del teatro, y la entrada general costaba dos reales, fuera del asiento que valía otros dos.

Hasta el año de 1830 se daban allí por aficionados los dramas, comedias y tragedias clásicas de la escuela antigua, Moratín, Gorostiza, Martínez de la Rosa, Racine y otras de la época, hacían el gasto con la *Virginia*, *Orestes*, *Otello*, *Mahomet*, *El Castigo de la Miseria*, *El Delincuente Honrado*, *El Señorito Mimado*, etc., además tal cual obra nacional, primeros vagidos de nuestros ingenios, que pretendían alzar ya el vuelo y ensayar sus trinos, antes de pelear. Malos dramas, en lo general, y malas traducciones extranjeras, en manos de malísimos actores, pervirtieron el gusto; y no fue sino años después cuando comenzó a regenerarse nuestra escena dramática por compañías españolas, y la lírica mucho más tarde, por italianas. En las grandes solemnidades no eran solamente aficionados de cargazón los que salían a las tablas: jóvenes de las principales familias encontraban particular gusto en exhibirse en ellas, como sucedió, por ejemplo, en las fiestas que se hicieron el año del 30 con motivo de la elección de don Joaquín Mosquera, para Presidente de la recién nacida República de la Nueva Granada. En las tres funciones teatrales que se dieron figuraban con honra don Telésforo Sánchez Rendón —que aún no era esposo de nuestra poetisa doña Silveria Espinosa—, don Mariano Becerra —que aún no era doctor— padre de

mi querido amigo don Ricardo—, don José Belver, cuyo lecho mortuario está todavía caliente, Lucas Torrijos y otros.

Representóse en esta ocasión **La Virginia**, en que Torrijos, apenas adolescente, hacía el papel de Virginia, y nuestro inolvidable escribano de número don Narciso Sánchez el de Virgilio. Aquella figura romana, alta y fornida y su voz de bajo profundo caracterizaban perfectamente el papel; Pepe Villarino, joven también, desempeñaba el de Tulia, Venancio Cabrera, el de Valerio, don José Belver, el de Hortensio, y Juan Evangelista Durán, el de un oficial. ¡Ninguno de ellos existe ya...!

Entró también en juego un humilde servidor de usted, quien, para hacer el papel de Palmira, en el **Mahomet**, hubo de cambiar de sexo. ¡Aún no había cumplido catorce años...! Las familias de los aristocráticos histriones, u otras de lo más granado de nuestra sociedad, se encargaban de vestirlos, y echaban el resto de lujo, elegancia y propiedad, como que se ajustaban a los modelos en que se representaban los respectivos trajes de cada época y nación.

Permítame usted un recuerdo personalísimo. Creo que en aquella ocasión, que nunca olvidaré, dejé bien puesto el honor del bello sexo, y supe corresponder a la confianza que de mí se hizo, sin tener motivo para saber cómo desempeñaría yo mi papel, yo, niño de doce o trece años, que, si alguna vez había tomado parte en comedias caseras, y ante un público que llamaré privado, jamás había tenido que habérmelas con todo un respetable y verdadero público. Y lo digo porque

tuve la fortuna de ser aplaudidísimo —quiero decir, aplaudidísima— especialmente en aquel pasaje en que Palmira, llena de indignación, dice al falso profeta: “¡Impostor, teñido de sangre, a quien detesto! Verdugo de todos los míos. ¡Ah, este último ultraje faltaba a mi desgracia y a tu rabia! ¡Monstruo cuyos furores y perfidias han hecho dos parricidas de dos corazones inocentes! Tú pretendes mi corazón, ¡pero aún no has asegurado tu conquista! ¡El velo se ha resgado, la venganza se apresta, oíd esos clamores, el pueblo se subleva, mi padre te persigue, y su brazo va a vengarnos! ¡Ah, si pudiera con mis manos desgarrar tus entrañas, ver morir a todos los tuyos y nadar en tu sangre...!” Y acercándome cada vez más, enajenada, me parecía que todo aquello era verdad, y alzaba cuanto podía mi voz infantil.

Fue tal la vehemencia con que recité este apóstrofe, que hice temblar al doctor Becerra —quiero decir, a Mahoma— el cual retrocedió dos pasos ante una débil mujer.

Yo tenía que morir sacrificada por mi propia mano, y quiso la desgracia que mi entusiasmo me llevase a cometer este crimen casi debajo del telón de boca, que en esos tiempos caía con horrísono estruendo sobre las tablas, a causa de una enorme viga que le hacía peso para que bajase. Mas, temiendo que mi fingido suicidio se convirtiese en un verdadero y real homicidio, con poco recato y menos respeto por el público, aunque inocentemente, y en fuerza del natural instinto de conservación, alcé los pies para que el telón, o mejor dicho, la viga, no me cayese encima. Por fortuna el traje oriental que llevaba, con

ancho calzón bombacho, me ponían a cubierto de toda maliciosa censura. A lo menos la compasión que debió inspirar mi temprana muerte fue templada por algunas risas involuntarias. Los que no rieron quizá pensaron que aquella evolución era una parte mímica de mi papel, y producida por las agonías de la muerte. Algún hombre del pueblo dijo al salir del teatro: “¡Pobre señora!, cuando bajaron el telón todavía pataleaba.”

Permítame usted poner aquí una nota explicativa para descargo de mi conciencia y satisfacción de usted.

En la edad inocente en que yo me hallaba no tenía noticia alguna de don Pacho Voltaire, ni había leído ninguno de sus escritos. Hoy que ya tengo uso de razón y el criterio suficiente para juzgar por mí mismo, no habría tenido el mal gusto de tomar parte en la representación de una de sus indigestas tragedias. En cuanto a mi pobre madre, ¿qué podía saber su merced de todas estas cosas?

Más adelante, por los años de 34, representaban también como aficionados —no recuerdo con qué motivo— el hoy distinguido médico, doctor Pedro Vera, aplaudidísimo en el difícil papel de **Otello**, el doctor Venancio Ortiz, habilitado de Desdémona o Edelmira, y el doctor Angel María Céspedes, con Juan Hinestrosa, en el **Pizarro**, ambas muchachas —Juanita y Venancia— muy bien parecidas, discretas y honradas.

En otra ocasión tendré el placer de hablar a usted, que tan aficionada es al teatro, de las funciones que, a competencia, se daban cada año, du-

rante ocho días, en los colegios mayores y rivales, del Rosario y San Bartolomé.

## ARTICULO XXI

A propósito de aficionados, y respeto de los de la época de la colonia, oigamos lo que dice Crisóstomo Osorio en su interesante bosquejo histórico de la música en Colombia, publicado en el **Repertorio Colombiano** número XV:

“Saludemos a la Zebollino y a la Jerezana que se presentan en la escena. Muchos hemos oído hablar de ellas, y de ellas se hacían lenguas nuestros abuelos.

¿Quiénes eran, y con qué títulos se presentan a figurar en estos apuntamientos? Veámoslo. La señora doña María de los Remedios Aguilar vino a Santafé en compañía de su esposo don Eleuterio Zebollino, y esta señora tuvo la condescendencia de cantar, por supuesto que **gratis et amore**, dos o tres veces en el teatro unos boleros, unas seguidillas y algunas cosas más, que hicieron bailar a más de cuatro, mozalbetes entonces, y viejos después, que aún sostienen que, en materia de canto, no se ha oído hasta hoy nada comparable a las tonadillas y fandangos de la graciosa andaluza.

“La señora doña Rafaela Isaza, nacida en Jerez de la Frontera, esposa del señor don Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, contribuyó también poderosamente a impulsar el gusto y la